

Prólogo

Si a la época presente le ha de corresponder con justicia la denominación de «modernidad tardía», parece que su naturaleza (o, como alguien se apresurará a apuntar, quizá su falta de ella) debería guardar algún parentesco con nociones tales como la del retraso, la postergación y la dilación o, por lo menos, su transcurrir habría de mostrar el aspecto relajado, a menudo cansino y a veces melancólico, propio de quien ya ha ejecutado la parte principal de las labores del día y las repite tan sólo en la memoria o bajo alguna forma de fantasía distorsionadora. Nada se opone, sin embargo, a que en el crepúsculo se desencadenen acontecimientos trepidantes que quizá se habían incubado con lentitud en horas más luminosas, de modo que el atardecer acabe siendo tiempo de precipitación y de vertiginosas y ensordecedoras caídas. No en vano, quien llega tarde a algún lugar suele comparecer con acelerada prisa, como si los apuros a destiempo pudieran disculpar de la indolencia o de la procrastinación causantes del retraso. Seguramente lo tardío no es casi nunca lo que cae como fruta madura en su debida y esperada ocasión, sino, con más frecuencia, lo que se manifiesta a deshoras, cuando quienes lo habían esperado y podían apreciarlo se han marchado ya o han muerto (a veces de aburrimiento), o quizá han olvidado que estuvieron interesados en ello. Acaso la modernidad tardía sea un colosal anacronismo que llega mucho más tarde de lo que ella cree. Lo tardío no equivale, además, a esa clase de mo-

mentos que, con eufemismo más bien caprichoso, se llaman *terminales*. Lo tardío puede prolongarse muchísimo y generar dentro de sí innumerables atardeceres que se sucedan unos a otros hasta hacer olvidar toda expectativa de una noche definitiva. En realidad, la perfección de lo tardío consiste en retrasar su final una y otra vez, aunque el tiempo de esa dilación se emplee en tareas efímeras ejecutadas de manera uniformemente acelerada.

Que a nuestro tiempo le es esencial una desenfrenada aceleración pertenece a los tópicos más consagrados de la época. Pero en esa condición, crecientemente veloz, se expresa, como mucho, la mitad de la verdad sobre la era presente. Es cierto que a quien no se desviva por aumentar su propia velocidad vital le faltarán medios básicos de supervivencia y no tardará en convertirse en aspirante a una muerte digna, pero también lo es que la tardomodernidad está enfermizamente volcada hacia su propio pasado, del que depende como quien sólo es capaz de aliviar la resaca con nuevas ingestas alcohólicas, cada vez más insípidas para un paladar exhausto. Es cierto que la modernidad tardía lo ha acelerado todo, pero dentro de lo que ha crecido en velocidad hay que contar también la compulsión por prolongarse y postergarse. La caducidad es uno de los más destacables objetos de aceleración que cabe encontrar, y eso parece traer consigo, según se advierte con frecuencia, un aumento portentoso de la obsolescencia de cualquier clase de cosas. Tal aumento no puede, desde luego, ser negado por nadie, pero las caducidades están a veces sujetas a adelantos y demoras un tanto sorprendentes. Uno de los episodios que mejor expresan la perversa dialéctica de aceleración y retraso propia de la época presente es, no en vano, el producido en cierto momento de la crisis económica posterior a 2008, cuando las autoridades competentes decidieron en ciertos lugares que algunos productos alimenticios podían ser consumidos después de la fecha de caducidad expresada en la etiqueta oficial. Sin duda ninguna hay una aceleración histórica para ricos y otra, más modesta, al alcance de los pobres: la distinta cuenta de las fechas de caducidad define perfectamente las diferencias sociales reconocidas de buen grado por la filosofía de la historia propia de la modernidad tardía.

Pero este hecho (cuya faz siniestra quedará pronto convenientemente lavada por la beata exigencia humanista de un derecho a fechas

de caducidad iguales para todos) muestra con esplendidez, aparte de mucha bajeza y mucha impudicia, la verdad de la caducidad y la de sus fechas. El producto que has comprado — y en esta clase de compras están los llamados valores morales pero también las vivencias culturales — es, sin duda ninguna, perecedero y lo deseable es que su fecha de caducidad figure grabada en su piel. También el consumidor mismo está sometido, por su parte, a esa clase de inscripciones, pues ¿qué otra cosa que una fecha de caducidad es lo expresado por la esperanza media de vida? Es cierto que a veces la gente muere después de dicho plazo, pero tal episodio no difiere mucho de lo que puede llegar a ocurrirle a un yogur en ciertas ocasiones afortunadas: ha tenido la suerte de que quien se lo tome dos años después de la fecha de caducidad no va a fallecer de intoxicación, porque el producto que ha consumido había inhibido admirablemente su condición perecedera.

Retrasar al máximo la fecha de caducidad del propio yo es la principal exigencia que se impone a toda política o biopolítica tardomoderna. El adelanto de dicha fecha será, por su parte, indicio de mala suerte o de bajo nivel de vida, al contrario de lo que ocurre con los alimentos y los medicamentos. Hay, pues, ámbitos en los que resulta deseable adelantar la caducidad y otros en los que debe ser retrasada todo cuanto se pueda. Lo que importa es decidir qué ha de entrar en cada categoría, y esta distribución es quizá la más importante de las decisiones que cabe tomar. O, por lo menos, lo sería si en verdad se tratase de una decisión, porque lo más probable es que no haya nadie capaz de pronunciarse sobre tal cosa: si lo hubiera, ahí radicaría sin duda ninguna la soberanía (soberano es quien decide sobre cuándo adelantar y cuándo retrasar la marcha de los tiempos), pero semejante lugar está vacío porque las operaciones de adelanto y retraso, así como el reparto entre las áreas de ejecución de uno y otro, resultan del funcionamiento automático del Mercado. Lo que suele entenderse contemporáneamente por «vida» consiste en una vasta multiplicación del número de objetos de caducidad inmediata y en el correlativo retraso de la caducidad del soporte de tal multiplicación. Eso es vida en plenitud, y todo lo demás lo será sólo defectuosamente. Quien apenas pueda aumentar sus objetos perentoriamente caducos y tenga además una expectativa modesta sobre el retraso de la caducidad del propio yo llevará, desde luego, una vida tristemente cercenada. No es cierto en absoluto que la

modernidad tardía constituya una época *plural* (cualquier cosa que sea lo que se esconda —y quizá no se esconda nada— bajo la cáscara de ese adjetivo sagrado). En realidad, toda la gama, pretendidamente rica y multicolor, de la experiencia tardomoderna se reduce al manejo de un mecanismo de aceleración y freno.

La modernidad tardía carece de futuro porque ni el huracán de los aconteceres efímeros consiente ninguna expectativa de porvenir ni tampoco la permiten, por su parte, las operaciones de retraso que constituyen el envés de la aceleración de los tiempos. Lo primero es fácil de entender, pues allí donde todo está a punto de caducar no hay apenas futuro a la vista, pero lo segundo tampoco habría de sorprender al espectador atento. El fenómeno se comprenderá muy bien cuando se repare en que, allí donde se busca retrasar el final de algo (puede tratarse de una vida humana, conforme a lo antes mostrado, pero también de la modernidad misma), lo que se imagina o concibe que falta por experimentar no diferirá en nada importante de la experiencia ya conocida y archivada. No se retrasa el final para que haya tiempo de emprender tareas distintas de las ya ejecutadas ni de que advengan acontecimientos sorprendentes (en rigor, ninguno de esos dos futuros es verosímil), sino para que no se detenga el frenético flujo de novedades efímeras que inició su curso en tiempos casi inmemoriales. Se juzga que merece la pena retrasar la caducidad de algo allí donde no se cree que quepa interrumpir el vertiginoso sucederse de acciones que se abandonan nada más iniciadas. Si el delirio de la novedad constante pudiera abreviarse, y su final ser acelerado, entonces no quedaría más remedio que pensar en algo que constituyese propiamente un futuro, pero una tarea de esa índole no puede formar parte de ninguna expectativa seria. Como la única novedad verdadera tendría que consistir en un cortocircuito que hiciera reventar el mecanismo de producción de novedades y como el concepto de tal cosa es demasiado paradójico para llevar aparejadas imágenes, lo que en realidad se prolonga, más que la modernidad misma, es su crepúsculo. Se retrasa para poder seguir acelerando; se acelera para retrasar un poco más un final que no resulta concebible.

Los mortales solemos sentirnos proverbialmente orgullosos de nuestras capacidades de iniciar acciones y de concluir las, aunque con motivos insuficientes, tramposos y debidos casi siempre a alguna su-

perstición apresuradamente inventada.¹ Comenzar y terminar son, por regla general, tareas reservadas a quien tiene poder, aunque a menudo éste se adquiriera a causa del prestigio debido a algún acto de inicio o de fin ejecutado (o fingido) por quien hasta entonces carecía de toda potestad. Si es cierto que, según la interpretación que Arendt llevó a cabo de una tradición muy antigua, la autoridad consiste en el aumentar o hacer crecer (y corresponde a quienes están *cerca* de la fundación u orígenes de algo, más bien que a los originadores o fundadores), la potestad, por el contrario, parece implicar alguna clase de capacidad de ser el primero, obligadamente unida a la de ser también el último, o, si se prefiere, de no permitir que nadie se adelante ni que, concluyendo lo hecho, lo deteriore causando descrédito ni tampoco lo haga florecer y se guarde la gloria para sí. Hay una tragedia intrínseca a todo mando que, dentro de su propio espacio y tiempo de poder, debe mantener su dominio sobre inicios y finales (*ἄρχειν*, *regere fines*) igual que sobre las lindes en que empieza y acaba el territorio. La estructura trágica de ese dominio de los extremos de tiempo y espacio se funda en que, en realidad, todo poder está bajo el dominio de las afueras, tanto más despótico cuanto más se disimule.

Naturalmente, esa fábula trágica puede ser también contada en forma de comedia: el poder se asemeja a una función grotesca y bufa, como la de un personaje fanfarrón que no es dueño de ninguno de los atributos que ostenta y que hace crecer su hinchazón hasta precipitarse en un final mórbido, no sujeto, desde luego, a ningún programa de consecución de gloria. Este triste sino de todo poder —que se manifiesta con singular crudeza en quien es reconocido como soberano— resulta suficiente para servir de indicio a la verdad poco confesable de que toda potestad es ficticia, aunque posea a menudo la condición de las ficciones temibles, pérfidas, sangrientas y devastadoras. Que tal o cual poder singular —sobre todo el contrario a la facción a que pertenece quien hable en cada caso— esté poseído por tal destino es, sin

¹ Sobre el iniciar y el terminar, y sus respectivas imposibilidades, puede verse también lo que hemos argumentado en un par de lugares: en «Daremos lo no venido por pasado» (*Apología del arrepentido y otros ensayos de teoría moral*, Mínimo Tránsito/Antonio Machado Libros, Madrid, 2006, pp. 81-118) y en «La expropiación de la mano» (*La clac y el apuntador. Materiales sobre la verdad, la justicia y el tiempo*, Abada, Madrid, 2011, pp. 143-182).

duda, algo no sólo fácil de reconocer, sino jubilosamente grato, pero que lo esté cualquier clase de potestad y mando, incluidas las tenidas por más virtuosas y también las anheladas como perfectas o, por lo menos, como justicieras, no constituye un objeto muy recomendable de declaración. Hay, entre otros, dos motivos que no conviene olvidar: el primero está en el irresistible hechizo que conduce a la servidumbre voluntaria, con el cual es perversamente compatible la certeza de que quien manda es un desdichado —y hasta un personaje bufo—, pero lo es menos el reconocimiento explícito, mientras el segundo, de gusto todavía más sulfuroso, estriba en que lo mismo que tiene vigencia para la potestad individual vale también para la colectiva y para la multitudinaria, las cuales de ninguna manera pueden librarse de la grotesca simulación a que está sujeto el príncipe.

Si algo sirve de estorbo a la servidumbre voluntaria, puede que no tarde mucho en ser apartado del camino, porque sin el hechizo que se experimenta al prestar esta clase de obediencia no se sostendría, probablemente, ninguna clase de gobierno ni de administración eficaz de cosas y personas. El placer que va unido al tipo de servidumbre descrito por La Boétie no cesará nunca de endulzar las vidas de toda clase de mortales, incluidos casi todos los que dicen repudiarlo. Tire la primera piedra quien no dispense la servidumbre voluntaria más fascinada a alguna potestad, presente o futura, fáctica o ideal, individual o colectiva. El mal vasallo o quien repudia el vasallaje no suele ser indiferente a las virtudes del buen señor, sino que, por el contrario, no cesará de buscarlo y, tarde o temprano, acabará encontrando alguien a quien atribuir, de manera más o menos verosímil, las virtudes correspondientes. Y, por lo que hace a las potestades asentadas en personas colectivas, resultará muy difícil confesar que el pueblo o cuerpo compuesto del que uno se reconoce miembro —o la multitud en continuo devenir en la que uno se proclama inmerso— representa un papel tan torpe y poco honroso. Hay razones elementales de pundonor por las que apenas ningún súbdito admitirá ser considerado miembro de una colectividad que, tenida por soberana, no sólo lo es de manera ficticia, sino también sujeta a una ficción imposible de reconocer. Se ama a las comunidades de pertenencia porque son un yo en grande y porque permiten a cada miembro verse como una multitud en pequeño, pero, si lo que la comunidad ofrece es un poder esencialmente falseado y quizá tóxico, entonces el yo se sentirá defrau-

dado en lo más íntimo, aunque de ninguna manera romperá su vínculo con la persona moral de que forma parte —eso le haría correr el riesgo de quedarse sin identidad individual, lo que equivale a la muerte o, por lo menos, a la locura—, sino que negará la condición mendaz y envenenada del poder que comparte o que podría llegar a compartir: de los demás podrán contarse toda clase de fábulas tenebrosas, pero si *nosotros* nos distinguimos por algo es por estar inmunizados contra las taras que mueven a la compasión, a la burla, a la carcajada o al desprecio.

Todo poder —desde el más modestamente doméstico hasta el pontifical o imperial— se funda en la ficción de que es capaz de iniciar y concluir alguna acción sobresaliente, que podrá ser contada para tributarle la gloria que merece —la narración tendrá un comienzo y un final que lo serán genuinamente, haciendo justicia a lo contado— y que disimulará felizmente su condición de ficción. Es fácil advertir que a la narración le sucede lo mismo que al poder. Para que un relato tenga crédito, es necesario asegurarse de que posea un neto comienzo y acabe con un genuino final, y en realidad puede que con esto sea suficiente para que la narración se mantenga en pie. La distinción entre las narraciones ficticias y las verdaderas pierde su habitual importancia cuando se repara en su común condición de operaciones con las que se fingen comienzos y fines que en realidad no son tales. Para que haya verdad histórica es necesario —aunque no suficiente— que lo verazmente relatado cobre sentido en relación con ciertos antecedentes y ciertas secuelas, aunque ese sentido sea a veces el que corresponde a lo inverosímil. Pero la frecuente inverosimilitud del hecho histórico se convierte en cosa aceptable a partir del momento en que lo acontecido se hace encajar exitosamente en una trama con comienzo y fin. El curso de los hechos históricos puede representarse como un segmento (cuando principio y fin se conocen) o como lo que podría creerse una semirrecta (cuando sólo se tiene noticia del primero o del último), pero, incluso en el caso de que se ignore cómo van a acabar las cosas contadas y en aquél en que se conoce cierto final pero no el comienzo de lo que a él llevó, el comienzo y el fin ignorados no dejarán de estar presentes, aunque sea haciendo oír sus compulsivos afanes de ser conocidos.

Las historias con principio o final ignotos son crónicas veraces que, hasta determinado episodio o a partir de él, tienen que contarse como